

## **UNAS NOCHES EN UNA PLAYA.**

Autor: Guillermo de José Cencillo.

Era mi playa, había sido siempre mi playa. Siempre, desde hacía tres años en que me había trasladado a una ciudad de mar buscando tal vez, las energías que dan el agua y el sol, acaso simplemente mi destino. En esos primeros días, en los que andaba de aquí para allá, empapándome de todo, descubriendo rincones, encontré mi playa. Y al instante fue mía. No es que tuviera nada especial, más bien carecía de algo de lo que yo solía huir con frecuencia, gente, aglomeraciones, agobio. Y me daba paz. Comencé a ir a ella alguna que otra mañana, algunos ratos por la tarde, incluso me encantaba vivir en ella las primeras luces del crepúsculo. Pero no fue hasta unos meses después de residir en la ciudad, cuando tuve una noche la necesidad de pisar su arena. Y entonces, esa playa, me dio cosas nuevas, en las que tanto la luna como las estrellas y el silencio, tenían mucho que ver. Me sentía llena de energías cada vez que, casi de madrugada, su soledad era solo mía. Entonces, extendía mi pañuelo ocre y rojo sobre la arena, me desnudaba y ofrecía mi cuerpo al mar, a la noche y a todas las fuerzas de la naturaleza. Ellas, agradecidas por mi confianza, me llenaban de vida, de sensaciones inimaginables, y estimulaban esa fantasía con la que tuve el don de nacer y que aunque a veces me ha traído muchos problemas, generalmente me servía para escapar de una realidad tan a menudo cruda y cruel.

Esa noche, estaba tumbada boca abajo, viendo como las olas lamían la orilla tan próxima a mí. Cerré los ojos y pensé en el mar. Me imaginé navegando en un velero con rumbo desconocido, llegando a islas por descubrir llenas de calas paradisíacas y vegetación exuberante. Todos mis sentidos viajaban conmigo en la fantasía.

No lo oí llegar. Pero sabía que alguien estaba muy cerca de mí, sentía que con solo acercar las manos me podría tocar. Y tuve miedo. Entonces, unos dedos comenzaron a acariciar mi espalda con mucha suavidad. Durante un instante estuve a punto de abrir los ojos, levantarme y enfrentarme al desconocido que tenía la osadía de explorar mi piel. Pero solo fue un instante y no lo hice. Continué con los ojos cerrados y permití que esas manos suaves, cálidas, acariciadoras, continuaran con la exploración de mis sentidos. Sentía recorrer los dedos por mi espalda, luego por mi nuca, más tarde por mi cabello, llegando hasta la piel de mi cabeza. Y momento a momento, la sensación de paz, de serenidad, de confianza y de protección, fue aumentando, hasta desear que esas manos jamás abandonasen mi cuerpo. Luego continuaron por mis hombros, por mis brazos, por mis nalgas, por mis piernas y por mis pies. Durante horas, esas mágicas manos recorrieron mi cuerpo, como empapándose de él, descubriendo cada poro, cada recoveco, captando, de ello estaba completamente segura, cada sensación y emoción que mi alma, y todo mi ser, experimentaban. Más tarde las manos se separaron, con desgana, de mi piel, y sentí cómo el desconocido se alejaba caminando, con pasos cortos y cansinos, como si no quisiera separarse de mí pero no tuviera más remedio que hacerlo.

Esa noche dormí como jamás había conciliado el sueño.

Transcurrió el día con una lentitud exasperante, y solo podía pensar en que llegaría la noche, regresaría a mi playa, me tendería boca abajo sobre mi pañuelo, cerraría los ojos... y las cálidas manos de la noche anterior volverían a tocar sobre mi piel una nueva sinfonía de sensaciones, emociones y sentimientos. Y así ocurrió. Y perdí la noción del tiempo. Durante horas, las yemas de sus dedos acariciaron mi piel llenándose de ella, durante horas, esas maravillosas manos dialogaron con mi alma y conocieron más y más los registros de mi piel que a cada instante se hacía más y más sensible. Sabía que el desconocido me estaba conociendo más de lo que jamás nadie me había conocido, y no me importó, todo lo contrario, me gustó como pocas cosas me

han gustado en esta vida. Y a través de sus manos, y de mi piel, yo iba conociéndole a él, aunque no podría expresar con palabras todo lo que me transmitía. Cuando se alejó me apené, pero supe que no tardaría en volver a sentirlo sobre mi cuerpo.

Y así fue, la noche siguiente y la siguiente a la siguiente... y la otra.

Una noche me tendí sobre mi pañuelo en la arena, pero mi rostro se ofrecía a la luna, que esa noche estaba llena, a las estrellas y a las manos que no tardarían en tomar contacto con mi piel. Y así fue. No sentí vergüenza de mi plena desnudez de cuerpo y alma. Las cálidas y ya amigas manos, exploraron mi rostro. Las sentí sobre la frente, deteniéndose en cada promontorio, en cada recoveco, las sentí sobre mis cejas, sobre mis párpados, hasta en mis pestañas. Sentí como los dedos acariciaban muy suavemente mi nariz, mis orejas, mis mejillas y mis labios como queriendo dejar en sus yemas el recuerdo de cada uno de mis rasgos. Y a cada caricia aumentaba en mí la serenidad, la paz, la sensación de sentirme completamente protegida. Luego descubrió mi cuello, mis pechos, rodeando suavemente mis areolas y pezones. Me sorprendí de no sentirme excitada sexualmente, pero no eran caricias sexuales, eran caricias de ternura y paz, caricias de descubrimiento. Luego exploró mi vientre, mi monte de Venus, mis muslos, rodillas y pies. Mi cuerpo, mi piel, se cargaba de energías y se estaba haciendo mucho más sensible de lo que jamás imaginaba podía llegar a ser la sensibilidad. Incluso, durante unos eternos y maravillosos segundos, sus dedos se detuvieron, con una sensibilidad casi sobrenatural sobre la mancha en forma de tortuga que tengo en el vientre, sobre el costado izquierdo. En esos momentos me di cuenta de que desde el primer día había imaginado que el dueño de las anónimas y mágicas manos me acariciaba sin posar los ojos sobre mi cuerpo, solo con sus manos. Y a pesar de haber acariciado como lo había hecho la mancha en forma de tortuga, continué teniendo la certeza de que era así. Sus ojos no se posaban en mi cuerpo, solo sus manos.

Durante varias noches más, seguí presentando mi rostro a la luna, al reflejo del mar en el cielo, y esas manos sin las cuales no me imaginaba poder vivir. Ellas me hacían sentir viva, serena, creativa, ellas me hacían conocer segundo a segundo nuevas cosas sobre mí misma, y lo que descubría me gustaba. Y también lo que descubría en esas manos y en el dueño de ellas. Sus manos comulgaban con mi piel y mi piel con ellas, su alma penetraba en la mía y la mía en la de él.

Desperté inquieta esa mañana, con la sensación de que estaba próxima a perder algo. Y cuando llegó la noche, la inquietud se había convertido en pánico. Pánico a que mi piel, todo mi cuerpo, quedase huérfano de sensaciones, pánico a la ausencia de todo lo que había recibido y dado durante tantos días. Extendí mi pañuelo sobre la arena, me desnudé y me tendí sobre él con los ojos cerrados. Esperé en vano. Mi piel sintió la carencia de esas manos y lloró. También lloraron mis ojos, con lágrimas que surcaban mis mejillas hasta morir en los dibujos de mi pañuelo.

A esa noche de ausencia siguió otra y otra, y luego otra. Hasta que llegó el día en que supe que esas manos tan queridas y añoradas, nunca volverían a posarse sobre mi cuerpo despertando mi piel como lo había estado haciendo.

No regresé jamás a mi playa.

Había dejado mi trabajo, pues ya no lo necesitaba, mi siembra había terminado y por fin había dado fruto. A pesar del dolor que me producía la carencia de esas manos sobre mi piel, mi vida había continuado y una tarde había encontrado esa casa con la que tantos años había soñado. En un pequeño pueblo, frente al mar. Una casa vieja, pero con la magia que produce lo entrañable. Con una amplia planta baja en la que pensaba poner mi tienda de artesanía, una primera planta en la que viviría y un ático que sería mi estudio, mi taller de creatividad, el rincón donde esperaba lograr que mis pinturas plasmasen en los lienzos todo el arte que había descubierto

saliendo de mi piel, donde seguro echaría más si cabe de menos, esas manos que tanta serenidad y tanta vida me habían dado.

Mientras tanto, y antes de abandonar para siempre la ciudad, recorría las calles buscando entre las manos de los transeúntes aquellas que aunque jamás había visto, tenía la certeza de reconocer en el momento en el que mis ojos se posasen sobre ellas. Pero todo fue en vano. Por más que las buscaba, no lograba encontrarlas.

Salí por última vez a la calle en una búsqueda entre desesperanzada y suplicante, unas horas antes de dejar para siempre la ciudad que durante un tiempo había sido mi compañera y mi morada. Lo último que me faltaba por llevar a la casa de mis sueños, reposaba en el maletero y en el asiento posterior de mi coche. Caminé sin rumbo, como tratando de dejarme llevar por algo desconocido que tal vez me encaminase hasta el hombre de las manos que tanta magia habían dado a mi piel. Cayeron unas gotas, miré al cielo y me di cuenta que se avecinaba una gran tormenta. Aumenté el ritmo de mis pasos. Y entonces cayó el chaparrón, fuerte, intenso. Me refugié en la entrada de un comercio y pensé en esperar unos minutos hasta que escampase. Pero la tormenta arreció. Descubrí que me encontraba a la puerta de una galería de arte y entré. Pensé que sería una buena forma de pasar el tiempo. La galería estaba vacía, al menos la primera sala en la que se encontraban expuestos docena y media de óleos que me parecieron vulgares y sin contenido artístico. Pasé a la segunda estancia. En el fondo de la misma, sentada frente a un pequeño escritorio, una mujer repasaba unos papeles. Levantó la mirada al entrar yo en la sala y la saludé con un vago gesto de cabeza al que respondió con otro más vago todavía que el mío. Regresó a sus papeles y en esos momentos, dejé de existir para ella. Centré mi vista en las esculturas que me rodeaban. Eran de varios artistas, creadas con estilos y materiales diferentes. Las primeras que vi, no me dijeron nada y caminé lentamente por la habitación con ganas de

dejar la galería y salir a la calle, donde esperaba hubiera amainado la tormenta para seguir mi búsqueda de esas manos sin las cuales no me imaginaba poder seguir viviendo.

Entonces vi la escultura. En bronce, tonos verdosos, como si tuviera cientos de años, y de unos setenta centímetros de altura. La tenía apenas a medio metro de mí. Mi cuerpo se detuvo en seco, mi corazón, durante unos segundos, dejó de latir, para luego dispararse con latidos que parecían retumbar por toda la sala. Miré hacia la mujer, pero seguía inmensa en sus papeles. Me acerque a la escultura y me asombré. No se parecía a mí, era yo. Cada detalle de mi cuerpo aparecía frente a mí. La escultura tenía mis ojos, mis labios, mis manos, mis pechos, mi vientre... era exactamente igual a mí. Mi alma sonrió y supe que había terminado mi búsqueda. El hombre, las manos de las que me sentía huérfana, estaban muy cerca de mí. Me acerqué todavía más, hasta tener la escultura a apenas diez centímetros de mis ojos. Y de nuevo, todo mi ser se paralizó. No me lo podía creer, no era posible. En el vientre de la escultura, casi en el costado izquierdo, estaba la mancha con forma de tortuga.

- ¿Le ocurre algo?.

La voz de la mujer me hizo dar un brinco. Me repuse y me acerqué a ella. Me miraba como si acabase de darse cuenta de que yo estaba loca, y un cierto brillo de miedo apareció en sus ojos.

- No, no me ocurre nada-le respondí-me ha encantado esa escultura. El desnudo de mujer. Me gustaría comprarla y conocer al artista.

Mis palabras tranquilizaron a la mujer que comenzó a revolver entre sus papeles como buscando algo.

- Lo siento, no está en venta.

- Entonces, quisiera conocer al escultor.

- Lo siento, pero tampoco puede ser.

En esos momentos sentí pánico. Había tenido tan cerca el encontrar al dueño de las manos mágicas que no podía renunciar a él.

- ¿Por qué?.- Pregunté casi con miedo a la respuesta.
- Nos dejó la obra solo por un par de días. Nos dijo que alguien vendría a verla, pero que bajo ningún concepto ni por ninguna cantidad, podía ser vendida.
- Imagino que la quiere para él, para verla cada mañana, para contemplarla cada tarde, para sentirla cada noche.
- No, no puede ver sus obras. El escultor es ciego.

Salí de la galería. Sentía que no era real lo que me estaba pasando, pero la lluvia, que seguía cayendo en tromba, me demostró la realidad del momento. Lloré, pero las lágrimas se confundieron con la lluvia que recorría mi rostro. Sabía que cuando sus manos acariciaban mi piel, mi cuerpo no era observado por sus ojos.

Subí en mi coche y arranqué. Tenía ganas de llegar a mi casa, al final de un camino que había trazado hacía ya mucho tiempo. Y sabía que en aquella casa a la que me dirigía, estaría la esencia de esas manos que habían dado tanto a mi alma y a mi piel. Sonreí.